

La cotidianidad al trasluz

Margarita Saldaña Mostajo

Licenciada en Teología y Periodismo. Trabaja en Pueblos Unidos.
E-mail: msaldanamostajo@gmail.com

Recibido: 9 septiembre 2013

Aceptado: 8 febrero 2014

RESUMEN: No existe vida humana al margen de la cotidianidad. Aunque la filosofía y la sociología han investigado este fenómeno antropológico de primera magnitud, la teología apenas se ha detenido aún a describir la relevancia que alberga desde el punto de vista creyente. Sin embargo, el núcleo de la fe cristiana, la encarnación, supone que Dios ha asumido íntegramente la condición humana, incluida la cotidianidad, que Jesús experimenta durante los años de la denominada «vida oculta». Al trasluz de este misterio, es posible y necesario leer la vida corriente como lugar privilegiado de encuentro con Dios, de transformación del mundo, de realización humana plena y de salvación.

PALABRAS CLAVE: cotidianidad, vida oculta, encarnación, transformación, salvación.

1. Experiencias de la cotidianidad

La cotidianidad es como el aire: nos abraza de tal manera que ni siquiera la vemos. Ya que actúa como una gran matriz, donde se desenvuelve inexorablemente nuestra vida, pensar la cotidianidad representa un ejercicio intelectual interesante. Desde ámbitos como la filosofía y la sociología ha habido diversos intentos de explicar su significado, subrayando su incalculable valor. Hus-

serl considera que la vida cotidiana es esencial para la construcción del conocimiento, puesto que las verdades situacionales que en ella tienen lugar constituyen la base de las verdades científicas. Kierkegaard, por su parte, hace un elogio de la repetición, dimensión que prefiere, frente a categorías como la esperanza o el recuerdo, al buscar un eje existencial básico.

La riqueza de la cotidianidad se amplía si la colocamos bajo la len-

te de la sociología. Esta ciencia nos devuelve la vida cotidiana como delicado telar donde se van tejiendo tanto las historias particulares como las colectivas, a partir de magnitudes como espacio, tiempo y cultura. Fuera de la cotidianidad, con sus inevitables reiteraciones y ciclos, no existen los individuos, las sociedades ni, en definitiva, la vida.

Parece necesario, pues, detenerse a considerar la radical hondura de la vida cotidiana desde una óptica estrictamente antropológica. Un paso inicial y sencillo en esta ingente tarea consiste en asomarse a la propia experiencia de la cotidianidad, fuente, sin duda, de un cúmulo de información. En efecto, los ecos que reverberan en la conciencia y en la sensibilidad cuando escuchamos la palabra «cotidiano» revelan modos arraigados de afrontar la dimensión más ordinaria de la existencia. No deja de ser curiosa la diástasis que advertimos con frecuencia entre lo que quisiéramos vivir y lo que de hecho vivimos; sabemos que en el día a día nos jugamos casi todo, pero arrastramos pesadamente una tediosa rutina mientras esperamos con ansia que el fin de semana o las vacaciones vengan a rescatarnos de la monotonía del tiempo.

Ciertamente, hay otras maneras de enfocar la cotidianidad y tam-

bién de ellas tenemos experiencia. Se trata de ir hasta el fondo de lo que vivimos a diario, apurando el sentido de todo acontecimiento, de toda acción y hasta de toda pasión. En perspectiva cristiana, con los acentos propios de la espiritualidad ignaciana, es la invitación a buscar y hallar a Dios en todas las cosas. Semejante llamada, que al final de los Ejercicios enciende en deseos el corazón del ejercitante, se convierte en una ardua tarea al desembarcar en la «quinta semana». Hallar a Dios en todas las cosas no es evidente, como tampoco lo es encontrar alegría y esperanza en los rincones más anodinos de nuestras agendas. Y, sin embargo, estas líneas grises recorren sin cesar nuestro tiempo, y es en ellas donde somos continuamente desafiados a descubrir la presencia latente de Dios y el oculto crecimiento del Reino entre nosotros.

Un plus de dificultad, y también de urgencia, viene dado por el contexto en que nos encontramos, local y globalmente. El rostro amable de la cotidianidad se ve ensombrecido por la realidad de inmensas masas humanas sumidas bajo las consecuencias aplastantes de la injusticia. En el norte enriquecido, las preocupaciones diarias de los individuos y las familias han cambiado drásticamen-

te. Ya no se trata, para muchos, de pagar una segunda vivienda, de financiar viajes de placer o de subir la gama del coche; hay que sobrevivir a los ERES y a la presión del banco, hay que reajustar con precaución los niveles de consumo y, si el saldo alcanza, maximizar la capacidad de ahorro. Sólo cuando estas inquietudes nos han afectado en carne propia, convirtiéndose en el pan nuestro de cada día, nos hemos dado cuenta de que los países del sur llevan siglos oprimidos por el proyecto neoliberal de crecimiento del que también nosotros, con nuestro estilo de vida y de consumo, somos cómplices. Y así ocurre que, mientras aquí aún conservamos el hábito de renovar el ropero casi cada temporada, los obreros textiles de Bangladesh trabajan en condiciones infrahumanas durante jornadas interminables, produciendo mucho más de lo que sensatamente necesitamos.

Estas son sólo algunas de las cuestiones que forman parte de la cotidianidad como experiencia humana. De su entraña brota la pregunta por la posibilidad real de encontrar un horizonte de sentido al devenir concreto de cada día. Formulando el asunto desde el punto de vista creyente, ante nosotros aparece el reto de detectar claves que nos permitan afrontar

tar con esperanza la monotonía diaria, hallar a Dios en todas las cosas y experimentar la cotidianidad como lugar de salvación. Se hace ineludible, para ello, adentrarse en una lectura teológica de la vida cotidiana que recupere sus fundamentos cristológicos, muy en particular el misterio de la vida oculta de Jesús como superficie a cuyo trasluz la cotidianidad del cristiano cobra plenitud de sentido.

2. La cotidianidad de Jesús

El dato de la encarnación, alojado en el corazón del Credo, alberga infinitas posibilidades para ensanchar los límites de la existencia humana. Confesar la fe en la encarnación supone un escándalo para la razón, en tanto que se afirma la perfecta unión de la divinidad y la humanidad en la persona de Cristo. La paradoja es irreducible: Dios mismo, en su trascendencia, entra verdaderamente en la condición humana, se ciñe en absoluta libertad a las coordenadas de nuestra inmanencia, y todo ello movido por el amor a su criatura. Así lo confesamos en el Símbolo: «por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre».

Analizada desde nuestro ángulo, esta fórmula del concilio de Nicea (325) despliega un sorprendente abanico de significados. «Bajar del cielo» es algo muy diferente de «llegar caído del cielo». Para Dios, bajar del cielo ha implicado realizar su andadura terrena de manera idéntica a la nuestra, sin ahorrrarse ninguno de los pasos que conforman la condición humana que ha asumido. Y, como la cotidianidad constituye un elemento básico de tal condición, Dios la ha hecho enteramente suya en la cotidianidad de Jesús de Nazaret.

Las interpretaciones de la encarnación que se circunscriben al hecho de la concepción resultan muy peligrosas, pues pueden incurrir en una presentación ahistórica de Jesús, que aparezca súbitamente en el escenario de la vida pública como «caído del cielo». El relato bíblico se cuida de semejante riesgo al subrayar con reiteración la identidad nazarena de Jesús. La Escritura no permite dudar de este dato: Jesús fue «de Nazaret», Jesús fue nazareno. Ahora bien, ser «nazareno» no es algo que se alcance repentinamente sino que requiere un proceso lento de crecimiento y maduración, mediante el cual la identidad va fraguando. Este itinerario necesita tiempo, porque sólo a lo largo de los años los seres humanos llegamos a ser

quienes somos. También exige, para Jesús como para cada uno de nosotros, un espacio concreto, un lugar, una familia, un pueblo, una lengua, una ocupación, una cultura. En definitiva, «hacerse hombre» es mucho más que «tomar carne»; significa dejar que cada etapa de la vida humana vaya grabando en la carne aquellas marcas y aquellos aprendizajes que le son propios. Podríamos decir en este sentido, con Pedro Casaldáliga que «en el vientre de María el Verbo se hizo carne, y en el taller de José el Verbo se hizo clase».

El «reposo del tiempo», en palabras de san Juan Crisóstomo, da cuenta del realismo de la encarnación. Es legítimo preguntarse qué le ocurrió a Jesús durante esos casi treinta años a los que la Escritura se refiere con enorme parquedad. De hecho, las alusiones son tan escasas que este período de la vida de Jesús, aunque ocupa nueve décimas partes de su existencia terrena, lleva sumido en la penumbra teológica durante prácticamente dos milenios. Parece que sobre los largos años nazarenos no se sabe nada ni se puede decir nada, de manera que la vida de Jesús en Nazaret ha venido a denominarse, no sólo a nivel popular, sino incluso en los títulos de sección de algunas biblias, «vida oculta». Dicha expresión presupone implícitamente que la vida de Jesús no es otra cosa que la vida de un simple hombre, que no tiene nada que ver con el Verbo de la Encarnación.

tamente que esta fase de la existencia de Jesús es un enigma histórico indescifrable.

A pesar de que no podemos detenernos aquí a exponer bajo qué términos estrictos la expresión «vida oculta de Jesús» nos parece adecuada, si debemos aclarar que esta denominación posee un alcance netamente teológico, y no debe ser interpretada en sentido histórico o sociológico. A la luz de la Escritura, en ningún caso puede identificarse «vida oculta» con «vida retirada» o «vida escondida». La información que nos aportan las fuentes canónicas acerca de la fase pre-ministerial de Jesús no autoriza a pensar que su existencia transcurriera en el recogimiento de una comunidad observante, ni en el desierto, ni tampoco recorriendo el mundo en busca de experiencias religiosas. Por el contrario, si atendemos a las noticias de Lc 2,51-52 observamos que la vida de Jesús se desarrollaba normalmente en el seno de su familia y siguiendo las costumbres de su pueblo; además, como toda persona, también Él crecía en distintas dimensiones, «en estatura, sabiduría y gracia». Ello no sucedía a escondidas, sino todo lo contrario, «ante Dios y ante los hombres».

En el Nuevo Testamento no encontramos más alusiones directas

a la vida oculta de Jesús. Los detalles que al lector le gustaría descubrir son sustituidos por un silencio muy extenso, que deja a Jesús siendo todavía niño y cesa cuando, ya adulto, es bautizado por Juan e inicia su etapa ministerial. Este silencio puede ser visto como una piedra de tropiezo o como una piedra preciosa, según se mire –o no– desde la fe en la encarnación. En la Antigüedad, los evangelios apócrifos pretendieron reemplazar un silencio que resultaba bastante molesto por una narración que expresara el carácter portentoso de Jesús en todos los momentos de su vida. Los relatos apócrifos se empeñan en que Jesús, siendo niño y adolescente, haga y diga cosas extraordinarias con un poder asombroso. Su verdadera humanidad queda gravemente dañada, razón por la cual la Iglesia primitiva no pudo reconocer en estos relatos –aunque valiosos– la esencia de la auténtica fe. Esa misma tendencia a llenar el silencio con toda clase de prodigios nos acompaña hasta la actualidad y se aprecia en las novelas de cuño esotérico y neo-gnostizante que pueblan las librerías.

La piedra de tropiezo se torna piedra preciosa cuando desde la fe afirmamos que Dios se ha hecho verdaderamente hombre. Entonces el silencio del Nuevo Tes-

tamento deja de parecer un enigma indescifrable y comienza a comprenderse como un misterio de la vida del Señor, en el que la Teología debe detectar su potencial revelador. Ese silencio no representa un mero vacío de noticias, ni un accidente en la narración de los evangelios, sino que posee auténtico valor de dato. Que los evangelistas omitan todo detalle de los treinta años de Jesús en Nazaret significa, efectivamente, que «no hay nada que añadir»; y esto es precisamente lo que dicen. No hay nada que añadir porque la vida nazarena siguió los cauces ordinarios y corrientes de cualquier varón judío galileo del siglo I, sin acontecimientos portentosos ni maravillas particulares. Ante este hecho, que la mirada apresurada pasa por encima sin prestar la menor atención, la fe debe detenerse a contemplar con reverencia. El Dios creador, Señor de toda novedad, se ha sometido libremente, durante treinta años, a la rutina más vulgar que pueda pensarse; esto ha sucedido con un realismo tan acabado que no hay nada especial que decir. Aquí radica la insondable belleza de la vida oculta de Jesús, en cuya profundidad habrá que descubrir los desafíos que proyecta para la vivencia creyente de la vida cotidiana.

3. La cotidianidad del cristiano

Los cristianos no habitan en un mundo paralelo, sino que se encuentran inmersos en la misma cotidianidad que el resto de los humanos. La *Carta a Diogneto*, en el siglo II, nos transmite un inestimable testimonio de esta realidad cuando describe cómo «los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres. En efecto, en lugar alguno establecen ciudades exclusivas suyas, ni usan lengua alguna extraña, ni viven un género de vida singular». Lo que diferencia netamente a los seguidores de Jesús no es construir unas condiciones de vida distintas, sino iluminar esas mismas condiciones desde los valores del evangelio, dotándolas de un horizonte de sentido propio. Por eso, el autor de la *Carta* señala que «se casan como todos y engendran hijos, pero no abandonan a los nacidos. Ponen mesa común, pero no lecho. Viven en la carne, pero no viven según la carne». De esta manera, «lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».

Este primer rasgo de la cotidianidad del creyente, su cualidad de tierra fértil para el crecimiento del Reino de Dios, ha sido puesto en valor por el Concilio Vaticano II y

su apelación insistente a transformar las realidades temporales desde su misma entraña. «La actividad humana individual y colectiva, o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. (...) Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres más ordinarios» (*Gaudium et spes* 34).

Parece conveniente señalar que ésta es la vocación más primaria de todo cristiano, y es anterior a la vocación particular de cada uno. Aunque las formulaciones puedan ser muy diversas, el reto de fondo para cualquier creyente consiste en «buscar y hallar a Dios en todas las cosas». La espiritualidad tradicional, al referirse a la «santificación en la vida ordinaria», ha corrido el peligro de adjudicar esta vía únicamente a los laicos, como si los religiosos y los ministros ordenados pudiesen hallar la santidad por caminos «extraordinarios». El trayecto que traemos hasta aquí nos ofrece una perspectiva bien distinta para considerar esta cuestión; más allá de la vocación especial de cada uno, todos los cristianos, por el mero hecho de ser humanos, están emplazados a encontrarse con Dios en las coor-

denadas habituales de su existencia.

La vida oculta de Jesús constituye un elemento clave, aunque poco tenido en cuenta, a la hora de fundamentar la llamada que todo cristiano recibe a adentrarse con hondura en su propia cotidianidad. Así lo pone de relieve de forma muy explícita el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el capítulo que desarrolla el artículo cristológico del Credo. Por una parte, describe la vida en Nazaret como «la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa sometida a la ley de Dios (cf. Gál 4,4), vida en la comunidad» (CEC 531). Por otra parte, presenta este misterio como ámbito privilegiado de identificación con Cristo, pues «la vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana» (CEC 533). En conclusión, Dios ha asumido en Jesús la cotidianidad como condición humana básica, de manera que esta realidad se convierte para todo el género humano en espacio de realización personal y, para los cristianos, en lugar de seguimiento de Jesús.

4. El descenso como forma

La existencia completa de Jesús lleva la marca del descenso. A pesar de ser la Palabra Eterna, «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Elige la periferia de una pequeña aldea, a la cual «bajó con ellos» (Lc 2,51) después de haber subido con sus padres a Jerusalén y haber estado «en medio» de los doctores. Un pueblo que no aparece en los mapas, y del que no se espera que salga nada bueno (cf. Jn 1,46), le otorga precisamente sus señas de identidad: Jesús de Nazaret. Toda su vida es un proceso de despojamiento, sin «un lugar para reclinar la cabeza» (Mt 8,20). Incluso al final, en vez de aferrarse a su condición divina, «se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte» (Flp 2,8). Entre los mandatos de Jesús, los sinópticos conservan la exhortación a convertirse en «el último de todos y el servidor de todos» (Mc 8,35), a hacerse pequeño como un niño para ser grande en el Reino de los Cielos (cf. Mt 18,4 y Lc 9,48). Ciertamente, la autoridad de la palabra de Jesús se asienta en la fuerza de su propio testimonio, sellado con la ofrenda culminante de su vida en la cruz.

Cada generación cristiana y cada creyente reciben de forma nueva

y personal la misma llamada que trastocó la vida de los primeros discípulos. La invitación consiste en identificarse con Aquel que previamente se ha identificado con nosotros, en dejar que el Espíritu vaya grabando en nuestra historia las marcas de Aquel que ha asumido las nuestras. Esto supone entrar en un itinerario de reconfiguración de la propia vida, en sus dimensiones más fundamentales, según la pauta trazada por Jesús. Si toda su existencia fue una historia de abajamiento, la auténtica existencia del cristiano no podrá correr por cauces diferentes. Tal descenso no acontece súbitamente en un momento esporádico, al margen de las opciones mantenidas a lo largo de la vida. Por el contrario, el silencio de Nazaret expresa con elocuencia que sólo viviendo en profundidad lo más ordinario, aquello de lo que apenas hay que decir nada, el ser humano adquiere la capacidad de entregarse plenamente y de asumir las consecuencias, sólo a veces extraordinarias, de dicha entrega.

Los significados de esta identificación son amplios, y en absoluto se circunscriben a actitudes meramente interiores y descomprometidas como podría ser, por ejemplo, una interpretación espiritualista de la humildad. En un

mundo que insta constantemente a subir, ganar y ser competitivos a cualquier precio, la invitación del evangelio conduce a asumir claves distintas y penetrantes, abocadas a permear cada estrato de la vida. El cristiano debe emprender día a día una dura batalla que se libra en todos los frentes donde se desarrolla su existencia. Por hacer una sola cala, en el ámbito profesional se trata a menudo de sostener la bandera de la honestidad, a pesar de la impopularidad e incluso la hostilidad que esta actitud genera. Hay que creer con firmeza que el bien terminará venciendo para perseverar en medio de ambientes laborales que humillan a quien pretende sencillamente ser honrado. Esto lo sabe el alto funcionario que ve cómo su carrera no progresará al mismo ritmo que la de quienes están dispuestos a hacer determinados favores, y lo sabe también el empleado de la limpieza que se niega a apuntarse horas extras no trabajadas ante la incomprendición y las burlas de sus compañeros. Afrontar el trabajo, como cualquier dimensión de la vida, desde el evangelio implica enfrentar los costes que el descenso como opción supuso para Jesús al asumir nuestra humanidad, y que fueron experimentados por Él no sólo al final de su existencia sino durante todos los estadios de la misma.

5. El Reino como contenido y misión

A lo largo de los relatos evangélicos no encontramos ni una sola definición del Reino de Dios y, sin embargo, ésta es una categoría central en la vida de Jesús. Es cierto que el bautismo imprime un cambio profundo en el proceso de Jesús, pues a partir de este momento deja la vida ordinaria de Nazaret y se embarca en un ritmo de vida muy distinto y, desde el punto de vista creyente, extraordinario. Lo que prima durante la vida pública es el anuncio del Reino por medio de obras y palabras. Con todo, parece conveniente subrayar que la misión de Jesús no cambia de imprevisto, pues tal misión le fue eternamente confiada al Hijo por el Padre; lo que se transforma a partir del bautismo es la forma de actualizarla. Dicho en otras palabras, si en la vida pública encontramos a Jesús anunciando el Reino a las multitudes con parábolas, curaciones, exorcismos o controversias, en la vida oculta descubrimos a Jesús viviendo el mismo contenido del Reino –la buena noticia de la salvación que alcanza a toda la realidad creada– en las coordenadas más anodinas del diario acontecer. En este sentido, la vida oculta es propiamente lugar de realización de la misión, y no mera escuela pre-

paratoria; con ello no negamos que el Espíritu imprime en la existencia de Jesús una profundidad y novedad singularísimas en el acontecimiento del bautismo.

Este hecho alberga una importancia decisiva para la vivencia cristiana de lo cotidiano, pues trae a un primer plano la vida corriente como lugar de misión. A partir del misterio de la vida oculta no caben rebajas ni concesiones; cada minuto del reloj es tierra que espera semillas del Reino, a través de obras, palabras y gestos acaso imperceptibles. Las omisiones en este terreno carecen de justificación, toda vez que la calidad de la vida cristiana ya no puede medirse sólo ni principalmente por prácticas religiosas realizadas dentro de las puertas del templo o por actos heroicos puntuales. Si en Jesús se ha rasgado el velo entre lo sagrado y lo profano, entonces toda la realidad ha de ser espacio religioso, lugar donde cada creyente se re-ligue con Dios haciendo su voluntad. El samaritano que se detiene ante el herido que interrumpe sus planes es un buen ícono de esta actitud que se desprende de la vida oculta de Jesús; recibir al inmigrante, ofrecer un vaso de agua a quien lo pide o compartir los panes que nos quedan a altas horas de la noche constituyen acciones que no van a

merecer ningún premio nobel, pero que día a día hacen el mundo un poco más habitable. En medio de una cultura que propone el individualismo como paradigma de auto-realización, es precisamente en estos pequeños gestos donde se verifica la fe y donde se pone en juego la fidelidad al evangelio de Jesús.

6. Lo ordinario como cauce de salvación

Toda la vida de Jesús es portadora de la salvación de Dios; cada instante de su existencia hace patente la voluntad salvífica de un Dios volcado hacia el encuentro con sus criaturas. Los largos años nazarenos, que permiten que la salvación se inserte en lo más concreto y anodino del diario vivir, constituyen también una silenciosa denuncia de las búsquedas espirituales que desprecian el compromiso cotidiano al privilegiar entornos espirituales extraordinarios.

Una imagen significativa de la oferta cristiana de la salvación, que integra todo lo humano, son las manos del Resucitado (cfr. Jn 20,27). Estas manos conservan las llagas de la pasión, pero también los callos del trabajo realizado día tras día, la fuerza sanadora

de los milagros y la ternura de tantos encuentros vividos por Jesús. Son signo de la corporalidad glorificada, en la cual el espacio y el tiempo, los procesos de maduración y los ciclos de crecimiento, no quedan suprimidos sino redimensionados. Estas manos indican que toda acción humana, incluido el acontecer gris y rutinario que atraviesa la vida corriente, posee una relevancia que puede quizás permanecer inédita en el curso de la propia historia, pero que se revelará en la consumación escatológica. A través de la humanidad glorificada de Cristo, nuestra propia humanidad y todo lo que forma parte de ella experimentará el encuentro eterno con Dios, donde hallará su consolidación definitiva y su sentido completo.

Dos significados fuertes se derivan de esta realidad. Por una parte, la gravedad del presente, la necesidad de vivir con lucidez cada momento, cada vínculo y cada opción, porque en todo lugar Dios nos espera y porque a toda hora Él nos llama a transformar el mundo según el proyecto de su

corazón. Por otra parte, la libertad y la confianza que se descubren al reconocer que aquí y ahora, en cualquier circunstancia y compañía, es posible experimentar en fe y esperanza el encuentro real con el mismo Dios cuyo abrazo de amor colmado se nos promete para siempre.

En síntesis, el misterio de la vida oculta de Jesús, llevado a su plenitud a través de la muerte y la resurrección, inaugura la cotidianidad como realidad primaria de realización humana plena, como lugar donde se revela la salvación y donde puede vivirse ya desde ahora el proyecto original de Dios. La vida corriente fue el ámbito donde permaneció el Verbo durante treinta años, «enseñando lo que es una vida fecunda» (Justino). La cotidianidad está llamada a ser el espacio donde la existencia cristiana crece hasta alcanzar la santidad, y donde todos los seres humanos pueden desarrollar una vida lograda porque «el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo a todo hombre» (GS 22). ■

editorial



SALTERRAE



SEVERINO DIANICH

La Iglesia
Comunión de hermanos

104 págs.
P.V.P.: 10,00 €

Si este libro fuera a parar a las manos de un turista chino que viene a Europa por primera vez, o a las de un inmigrante de Bangladesh que vende gafas en su mostrador de cartón delante de la estación, sería deseable que le sirviera para comprender el significado y el valor que la Iglesia tiene para los cristianos. Pero esta descripción de la Iglesia es también útil para muchos católicos que practican poco la vida eclesial, ignorando casi por completo las experiencias y vivencias concretas y los aspectos más verdaderos de su vida ordinaria.
